

MIGUEL MIHURA

TRES VECES PREMIO NACIONAL DE TEATRO

«Siempre me han gustado las estaciones con parada y fonda».

«Me gusta lo que tiene cada estación de cosa pasajera, fugaz y transitoria».

«El humor y el amor, mezclados, dan ternura, piedad, esperanza».

HACE unos diez años se estrenó en España «La bella Dorotea», del comediógrafo Miguel Mihura. Este es el argumento. Una muchacha es abandonada por su novio pocas horas antes de la boda. Ella —habitante de un pueblo pequeño y críticón— no se quitará su atuendo de novia —«mi uniforme», dice la protagonista— hasta que no se case, ya que con ese fin se lo puso un día.

Tras meses de ridículo, un hombre se enamora de ella sinceramente, se casa y el asunto concluye con felicidad.

La mayor parte de la acción transcurre con la estación como fondo.

—Don Miguel Mihura, dígneme el tren que usted pondría en circulación.

—Puesto que creo que el tren se emplea para la gente que no tiene demasiada prisa, ya que de lo contrario esa gente viajaría en avión, yo utilizaría un tren que fuese confortable, cómodo, íntimo, con coche-restaurante, como los de antes; con un coche-salón, como los de antes; con televisión, hilo musical... Con un mirador al final del tren, como los americanos. Pondría unos trenes más lentos y con menos vagones, pero que salieran con más frecuencia de los puntos de partida.

Acaba de cumplir setenta años. Su voz recia los desmiente. Tal vez sus piernas, que —según propia confesión— ya no son partidarias de largas caminatas, estén a la altura cronológica del propietario.

El propietario creo que, allá por sus primeras mocedades, fue «un pésimo estudiante, que aprueba el Bachillerato con mucho esfuerzo». ¿Cómo es posible, don Miguel? ¿Cómo es posible que su despejada frente, telón de su ingenio y agudeza, no le ayudó a hacer mejor papel infantil en las aulas?

Parece ser que más adelante las cosas tomaron otro cariz: «Después estudié idiomas, música y pintura, para presumir con las visitas; pero cuando se iban olvidaba todo lo aprendido».

Se impone una solución urgente para encauzar la vida laboral del joven Mihura. El mismo la toma. Empieza a ejercer de dibujante y escritor. Ya tiene dieciocho años. Su labor gusta.

—¿Mucho éxito?

—Hubiera tenido más. Pero en cuanto veía a una chica, me iba detrás y ya no hacía otra cosa.

El celtibérico Miguel trabajó bastante, a pesar de las chicas, y el resultado fue de peso, en cantidad y calidad.

Veintitrés obras de teatro han salido de su capacidad. Algunas de ellas le dieron premios importantes. Tres veces diferentes, el Premio Nacional de Teatro: «Tres sombreros de copa», 1952; «Mi adorado Juan», 1956; «Maribel y la extraña familia», 1960. Luego, «Ninette y un señor de Murcia» le consiguió el Premio Nacional de Literatura Calderón de la Barca. Y aún quedan



«Siempre me han gustado las estaciones con parada y fonda», dice el autor de «Maribel y la extraña familia»

"Cantina en la fonda de la estación. A la derecha, en primer término, una puerta sobre la cual hay un rótulo, en el que se lee: Paso a la fonda. En segundo término, un mostrador, y detrás de él, en la pared, unas repisas con botellas. En el paño del foro, una gran puerta con dos hojas, que da paso al andén, y a través de cuyos cristales, con visillos blancos, vemos, en un momento, determinado, las luces de uno de los trenes que pasan".

(Comienzo del cuadro primero, del segundo acto, de «La bella Dorotea».)

DOROTEA.—Buenas noches, señor...

JOSE.—¿Es esta la estación?

DOROTEA.—La cantina de la estación.

JOSE.—¿Y sabe usted si tardará mucho en pasar el tren?

DOROTEA.—¿Qué tren?

JOSE.—No sé. Cualquiera. Uno... Un tren... El primero que pase.

DOROTEA.—Creo que el exprés debe estar al llegar.

JOSE (ilusionado).—¿Es posible?

DOROTEA.—Sí señor, al menos es su hora.

JOSE.—Nunca creí llegar con tanta oportunidad.

DOROTEA.—Pero el exprés no se detiene aquí... Pasa de largo, como tantos otros...

JOSE.—Pero yo sólo quiero ver pasar el tren y agitar mi pañuelo, deseándoles a los viajeros un destino feliz. Ya que yo no lo soy, me gusta desear felicidad a todos los demás.

(Fragmento del acto segundo.)

otros tres o cuatro premios de menor entidad —por ser más locales—, pero de verdadera importancia.

—¿Y en el campo del periodismo, don Miguel?

—Además de hacer otras cosas dirigí «La ametralladora» en tiempos de nuestra guerra civil.

Un título que disparaba mil carcajadas por el país. El bélico nombre, muy en consonancia con la actividad de aquella España, empleaba una pólvora benévola. Sus explosiones divertían a la gente, que pronto distinguió a la revista como la mejor publicación nacional de humor.

LA REBELDIA DE UN SER HUMANO

Más adelante, ya en la paz, fundó y dirigió «La Codorniz», que fue acogida con el general encanto que provocó su antecesora.

—¿Por qué ese nombre?

—Lo elegí por lo que tiene ese ave de pacífica e inofensiva.

Fue como una especie de paloma de la sonrisa. Puesto el cierre a los campos de batalla, un pájaro llevó a los españoles del momento el bienestar de unas páginas alegres.

—¿Y las páginas de «La bella Dorotea» nacieron de alguna historia conocida o de alguna vivencia?

—No. Yo estaba en Bruselas cuando la boda de Fabiola y Balduino, y sin saber por qué, se me ocurrió ese personaje de mujer y lo llevé a la escena.

Después de conocida, la obra me sugiere que quizá alguno de estos puntos quiso glosar su autor. Le pregunto si le movió la idea de evidenciar algo de esto:

— La estupidez femenina ante un problema sentimental.

— La victoria de una esperanza.

— El determinismo del amor.

— El triunfo de la ingenuidad.

— Lo realizable de una ilusión.

—Perdóneme, pero ninguna de estas cinco cosas. Lo que quise poner de relieve fue la rebeldía de un ser humano ante un ambiente que le oprime y considera hostil.



Miguel Mihura.

—Un ser humano que tiene como fondo una estación. ¿Por qué ese decorado?

—Siempre me han gustado las estaciones con parada y fonda. Me gusta de ellas el pitido de la locomotora, el hombre que le da con un martillo a las ruedas del tren, la gente que mira con curiosidad a los viajeros, la campana del jefe de estación. Y, sobre todo, lo que tiene cada estación de cosa pasajera, fugaz y transitoria.

CINISMO PARA OCULTAR LA TIMIDEZ

Don Miguel, propicio al encuentro femenino, rastreador de idilios. Me animo a preguntar:

—¿La ternura con que trata a sus personajes femeninos tiene alguna fuente concreta de inspiración?

—Todas las mujeres que han pasado por mi vida, desde la primera, han dejado un buen recuerdo en mí. De ahí viene mi ternura hacia ellas.

Don Miguel tiene otra faceta temperamental, que rima en consonante con la anterior: amor-humor. Su humor, sus ingeniosos diálogos, sus inteligentes situaciones encuentran siempre la espontánea carcajada del espectador.

—¿El humorismo de sus obras es la consecuencia de su postura crítica ante la vida?

—No sé en qué consiste mi humorismo. No me lo he preguntado nunca. Escribo así porque me sale así, y eso es todo. Lo mismo me podría salir de otra manera.

Contundencia en las respuestas. Siempre es lo mismo, sin evasivas ni ambigüedades que llevan al equívoco. Es un hombre sin fórmulas para la conversación, sin estereotipia en la lengua. Por eso yo también prescindo de los agradables tópicos que se dicen al famoso, y le suelto abiertamente:

—¿Postura cínica es su humor? ¿Es el del que está de vuelta de todo?

—Indudablemente, estoy de vuelta de muchas cosas. De casi todas. Pero esa postura cínica a la que usted se refiere la empleo sólo para ocultar mi timidez, mi romanticismo y mi amor al ser humano.

Curiosa reacción.

—¿Y es ese amor entonces el que le empuja a hacerles reír?

—Puede ser.

Insisto. Prosecciono para encontrar la raíz del caudal. Le pregunto si su bienestar íntimo le aboca hasta la espuerta del humor:

—Mi primera comedia, «Tres sombreros de copa», la escribí a los veintisiete años. Cuando, a causa de un accidente, me vi obligado a estar en cama tres años. No se puede decir que mi humor nazca de un bienestar íntimo; a lo mejor, de todo lo contrario.

Ya está. Esta fue la gota de acíbar en una vida bien lograda. Pero la gota no fue lo suficiente gruesa para acabar con sus dos constantes temperamentales, y le pregunto sobre ellas:

—El amor y el humor mezclados en la agitada existencia de sus personajes, ¿qué combinación dan?

—Dan la ternura sin sentimentalismos. La piedad sin desprecio. La esperanza. Ya dijo Fernández Flórez que el humor es la sonrisa de una desilusión.

¿Desilusión? ¿La ha tenido don Miguel? Me intereso por más cosas suyas. Me gustaría saber los tres pilares que sustentan su existencia, la definición de su postura interior, y... ¿me encuentro con el primer cerrojo! Increíble. Pero el señor Mihura ha cerrado la espita de la confidencia y no quiere contestar. Aun negando, su actitud es honesta, porque callar es mejor que soltar una vaciedad cualquiera; que cumple la curiosidad el encuestador, pero nada aclara.

UNA ILUSION INCUMPLIDA: SER MALABARISTA

Ya hemos dicho que a los dieciocho años empuñó la pluma. Confiesa que entonces sólo escribía cuentos tristes y melancólicos. En aquella época, él también lo era. Algo de aquella adolescente melancolía le queda todavía en sus ojos de trazo caído hacia las mejillas.

Cuando Miguel comenzó a escribir no pensó en dedicar sus cuartillas al teatro. Cosa bien curiosa, porque su padre fue actor, autor y empresario teatral. Parece que si el chico iba hacia las letras, lo lógico era encaminarlas a las tablas, que habían sido la leche de su biberón. Pues no. «Quizá fuera porque escribir una comedia lo consideraba como un trabajo demasiado difícil y arriesgado para dedicarme a él». El futuro se reía al leer sus pensamientos, sabiendo como sabía la baza que le estaba reservada.

—¿Qué ha dejado de hacer en la vida que le hubiera gustado hacer?

—Ser artista de circo. Trapecista, malabarista o acróbata.

En cambio fue un gran acróbata de las letras, un gran malabarista del pensamiento escénico.

—Y ahora, ¿qué hace Mihura en Fuenterrabía?

—No trabajo. Ni veraneo. Lo que pasa es que como Madrid se ha puesto tan incómodo para la gente de mi edad, paso largas temporadas en mi casa de Fuenterrabía, frente al mar. Doy paseos. Tengo amigas y amigos. Leo mucho. Voy a Francia. Veo televisión. Eso es todo.

—¿Y nada más? ¿Es que ya no merece la pena escribir teatro en España?

—Sí, desde luego. Es posible que sea más rentable escribir teatro en Londres, o en Francia, o en Estados Unidos, pero para los españoles merece más la pena escribir en España.

—¿Da dinero, satisfacciones, nombre, problemas, ganas de cambiar de profesión?

—Da de todo eso.

Es don Miguel Mihura un hombre abierto, dado a la palabra comedida y certera, con gesto enérgico y sonrisa suavemente vacilante, sensible e inteligente. ■ CRUZ-PINAR.